

## EL VECINO ANDRÉS

**E**L vecino Andrés tenía unos viñedos de valencí en la Centella. Y también tenía un barbechar rodeado de almendros dulces frente a las Peñas de Blay. Dos piezas de esas que dicen de tierra mollar porque cuando la labranza el arado nunca tropieza con piedras.

Contaba el mediero tío Antón que tiempo muy atrás, y siendo él gañán y no mediero, uno de mis bisabuelos, el bisabuelo Enrique, que tenía poco de santo —«más lagarto que de santo, y no te me chives, zagal, que costaría muy caro al Antón», eran sus palabras—, quiso quedarse con las tierras del vecino Andrés por aquello de redondear las suyas. Y que por quererlas hizo venir a cosa hecha, «exprofeso», a los señores del juzgado. Y que a los tales señores el Andrés, mozo entonces de muchas luces, les supo cantar las cuarenta y enseñarles cómo sus papeles, «escrituras», estaban en regla. Y que a la vista de lo cual los muy... —aquí ponía el mediero tío Antón una palabra muy fea— se tuvieron que ir por el mismo camino que habían traído. Y que se fueron dando muchos meneos de cabeza y muchos «usted dispense, don Enrique» porque el don Enrique, que así es la vida, tenía mucha mano izquierda con otro... mandamás de Madrid —y allí donde los puntos suspensivos el tío Antón volvía a poner la misma palabra fea, pero en singular.—

Y después, cuando las tierras del bisabuelo Enrique pasaron a mi abuelo Pascual —esto también lo contaba el mediero tío Antón—, se apañaron las cosas. Y que se apañaron porque mi abuelo, «y no te me chives, zagal», que ya se oía lo de no sé qué chamusquina del 31, se personó una



mañana muy de mañana en casa del Andrés y allí le enjaretó un discurso muy bien dicho, lo cual, y según el mediero tío Antón, no era de extrañar porque el señorito tenía casta de buena labia. Y que el Andrés, en tal que se acabó el discurso, vino a decir que él no entendía de retóricas por no tener estudios, pero que si todo aquello en cristiano quería decir: «Andrés, que haya paz entre nosotros», que por él no iba a quedar la cosa. Y que mi abuelo entonces fue y dijo: «Andrés, un abrazo». Y que se abrazaron y que esto quería decir que hacían las paces para siempre jamás. Y que desde aquel entonces el vecino Andrés y la Jeroma, que era su mujer, vivieron ya a nuestra casa como si en jamás de los jamases hubiéramos tenido un quítame esta paja, y que eran los primeros en salir a recibirnos cuando nos veníamos del pueblo al campo, y que nos traían siempre presentes. Presentes, como explicaba el mediero tío Antón, y no diezmos o quintos o medias que era lo que traían los labradores que estaban por todas nuestras tierras. «Y de lo dicho no te me chives, zagal, que se irá el pan del Antón».

Los presentes del vecino Andrés —y de eso ya me acordaba yo— eran casi siempre cestos con uvas de valenci blanco de la pieza de la Centella, saquicos de almendras mollares del bancal frontero a las Peñas de Blay, tajadas de pringue amarillo de cuando la matanza y marrajas de tinto viejo con un dorado de caramelo de azúcar.

—Buen grado, Andrés.

—Son los años, don Pascual.

—Buen aroma, Andrés.

—Es el roble, don Pascual.

Y el abuelo pedía dos cañas a la criada Juana y sacaba dos puros de cortijo y estuche: «Partagás, made in La Havana, Cuba» —Havana así, con uve—. Y el vecino Andrés, después de disculparse por no gastar tabaco, pedía permiso para guardárselo a los sobrinos que tenía en la capital y que «por aquello de haber salido de la tierra andaban ya metidos en los lujos de los señorones».

Otras veces, el Andrés no traía nada. Venía por venir. Por descansar y darle a la lengua. Entonces entraba al anochecer, en cuantico desaparejaba a sus mulas, a la Coronela y a la Generala.

—Cúbrase usted, Andrés.

—No pene, señorito.

—Póngase usted cómodo, Andrés.

—Uno está hecho a todo, señorito.



Y por mucho que insistiera el abuelo, el vecino Andrés seguía con la gorra en la mano y con el trasero muy al borde de la silla. Y así, en el porche y frente al abuelo, se pasaba un par de horas largas, hasta que se acordaba de que al día siguiente tenía que madrugar y lo decía y se iba.

Hablaban los dos de sus cosas. Y sus cosas eran siempre las mismas: el vino mal vendido, los jornales que subían, la helada de febrero que se llevó la flor del almendro, la piedra de mayo que cortó el brote del racimo, el agua de junio que acostó a las cebadas. Y pensando y diciendo se les quedaba a los dos la mirada como fría, como muerta.

Y en las noches de mucha luna, luego a luego, se animaban y se ponían a contar otras cosas más antiguas, de esas que vaya usted a saber si pasaron o no pasaron. Así, el abuelo sacaba aquello de que, estando él «en vías de concluir su carrera de Derecho», el criminal de Mateo Morral se había atrevido a tirar una bomba a los Señores —esos Señores que resultaban ser los mismos que salían en una historieta cantada que se sabía la Juana y que se escribían así: con mayúsculas, según el abuelo—. Y también le gustaba contar lo de unos líos, «elecciones», que hubieron y lo de un don José María que fue entonces y dijo: «Señores, a por los 300». Y el vecino Andrés, en cuanto mi abuelo le dejaba hablar, que no era siempre, sacaba a relucir lo de los milicianos de brazaletes rojos que llegaron una mañana, estando el binando en el barbechar de junto a la Pedreta Bella, y le gritaron: «Camarada, el pueblo ha vencido», y cómo él al oír aquello se quedó mismamente como una piedra, sin habla, «que ya sabe usted que entonces todo iba manga por hombro, don Pascual».

A la Jeroma, que como ya dije antes era la mujer del Andrés, también le gustaba ir por nuestra casa. Entraba siempre a las chitas callando «por no estorbar al señorito», decía. Y le gustaba no hablar y oírlo todo. Y estaba en sus glorias, según ella misma, cuando mi tía María Antonia hacía sonar nuestro piano y cantaba aquello de «Marina, yo parto muy lejos de aquí», o aquello otro de la ventana y de la paloma. Y luego, cuando mi tía le contaba lo de una hermana suya, «hoy ya en la paz del Señor», que quiso ser concertista y que no lo fue porque aquel deseo iba en contra del buen nombre de la familia y en contra de no sé qué más, la Jeroma suspiraba muy hondo y sólo decía: «¡Ay Señor!». Y si la tía María Antonia insistía con un «usted ya me entiende, vecina», entonces la Jeroma abría mucho sus ojos chiquirritines y bajaba tres veces seguidas la cabeza para decir que sí.

Y otras veces era ella, la Jeroma, la que haciendo como un esfuerzo



—y mientras echaba remiendos, medias piezas y culeras—, rompía a hablar, con voz pianísima, de un cerdo que les pesó veinte arrobas y de una mula con más conocimiento que las personas que le dio el tétano y se les murió, y de una nube dañina que ella partió con la Cruz de Caravaca y con una trébedes boca arriba y con un puñado de sal. Y cuando contaba lo del cerdo decía siempre «con el perdón de los presentes», y cuando contaba lo de la mula decía «aunque esté mal señalao», y cuando lo de la mala nube «y luego irán diciendo cuatro descreídos que estas cosas no son verdad».

Pero un verano, al llegar otra vez al campo, nos encontramos con que la Jeroma no estaba. Y preguntamos y todos callaban y bajaban la cabeza y miraban de aquí para allá como buscando. Y yo también miré. Y faltaba algo. Y estaba el olmo y la ermita, el bancal y el almendro, los montes y los pinos, las casas y los caminos. Y estaba todo y faltaba algo. «¡Angelicos míos, todo el santo invierno entre libros! A descansar, a descansar...». Y fui otra vez a preguntar por la Jeroma cuando oí al abuelo y al Andrés.

—Fue cuando las nieves.

—Animo, Andrés.

—Yo le decía: que no te cuidas, Jeroma...

—Paciencia, Andrés.

—...que mira, mujer, que detrás de nosotros no viene nadie...

—Conformidad, Andrés.

—...que un frío negro te va agarrar, cordera...

—Dios lo ha querido, Andrés.

—Y fue cuando las nieves. Cuando las condenadas nieves.

Y el abuelo daba golpecitos pequeños en la espalda del Andrés y el Andrés sacaba un pañuelo grandón y hecho manojo se lo restregaba por su cara con lágrimas. Y a nosotros, a mi primo y a mí, nos decía:

—¡Ay, angelotes, si ellas os viera ya tan mozos!

Y luego, y también en aquel mismo verano, nos vimos llegar a los sobrinos del Andrés —«que yo no lo gasto», «que con el permiso de usted», «Partagás, made in La Havana, Cuba»—. Y los tales sobrinos vinieron una vez a mi casa y dijeron, que yo lo oí, mucho de fábricas cerradas y de quiebras y de necesitar las tierras. Y entonces mi abuelo con mucho malhumor les dijo que solo llamado, «requerido», por el Andrés haría todo aquello. Y entonces los sobrinos, que yo los seguí, se fueron casa del me-



diero y al ratico salieron con el hijo del Antón y se metieron casa del vecino Andrés, que yo también me entré.

Y estaba el vecino Andrés en la cocina asentado en un troco de pino desnudo y viejo. Y los hombres después de hablar del tiempo, que siempre a decir por allí empezaban, dieron en aquello otro del descanso y del trabajo y de la necesidad de las tierras.

—Usted, tío, no tiene por qué seguir trabajando.

—Usted, tío, a descansar.

—Ahora nos toca a los jóvenes, señor Andrés... A mi viejo cualquier día...

Y a todo contestaba el vecino Andrés:

—Pero las tierras son más, más.

Y los otros volvían a decir más cosas. Y unas veces las decían con enfado y otras veces con buenas palabras y otras veces con gritos. Así hasta que aquel «más, más» del vecino Andrés fue haciéndose muy bajito y entonces el hijo del Antón hizo una media risa y dijo:

—Esto ya está hecho, muchachos.

Y los tres se fueron y el Andrés se quedó en silencio con la mirada vacía, que miraba y no miraba. Y al ratico llegaron unas voces que decían: «¡Arre, Coronela!», «¡Así atrás, Generala!». Y el vecino Andrés en tal que las oyó volvió a decir con dentera de animal herido:

—Más, más, más...

Y yo tuve miedo de aquella voz y miedo de aquella cara y miedo grande de todo él y me fui corriendo y corrí por los majuelos de mi abuelo.

Y luego a la noche soñé con todo esto. Pero era mi abuelo, y no el vecino Andrés, el que repetía aquello de «más, más». Y éramos nosotros, mi primo y yo, los que gritábamos: «¡Arre, Coronela!», «¡Así atrás, Generala!».

